

entre ellos Francia al que tanto trataron de imitar tiene hace tiempo suprimido el cargo de alcalde de París. Hoy se verifica la anomalía siguiente: el alcalde de Madrid inferior jerárquicamente al gobernador es superior de hecho por todos conceptos y la Diputación provincial superior jerárquicamente al ayuntamiento de Madrid es inferior en la realidad. Parece que sobre esto tenía el señor Alba algún proyecto que no sabemos si habrá hecho suyo el señor Ruiz Giménez; el gobernador de Madrid entre el alcalde y el director general de Seguridad es un funcionario de escasa importancia que no tiene más misión que la de resolver mediana docena de expedientes; nada justifica su existencia ni su crecido sueldo.

En el mensaje de la Corona que ya ha sido aprobado por el Consejo de ministros se hace alguna alusión a esta organización local y sería de desear que el problema se abordara en su conjunto haciendo una ley general y completa que abarcara todos los puntos que en libres conferencias y artículos de periódicos se han señalado millones de veces como necesidades de reforma.

El señor Alba tenía estudios importantes acerca de esta materia; ignoramos si su sucesor se resolverá a emprender una obra que consideramos urgente para que de una vez se corten los vicios del centralismo y se desarrolle libremente la vida local de los pueblos. El señor Ruiz Jiménez que conoce bien la vida municipal y que ha sido ya dos veces alcalde de Madrid conoce bien el problema y es por su competencia persona apta para arrosarlo.

En el mensaje se anuncia por millonésima vez la reforma de la ley de jurisdicciones. Este es un tema que sale a luz periódicamente en dos lugares distintos: una en los carteles en que se convoca a los obreros a la manifestación anual del 1.º de mayo; otra en los discursos de apertura del Parlamento. Realmente las campañas pidiendo la abolición de esta ley han cedido mucho en estos tiempos bien sea por cansancio de los que las llevaban a cabo, bien sea porque se han convencido de que no hay gobierno ni Cortes que se atreva a reformarla. Las circunstancias actuales nos parecen las peores para borrar una ley contra la que hemos escrito mucho y pensamos seguir escribiendo; la guerra actual por las consecuencias a que pueda dar lugar y por los incidentes interiores que motive su relación con los intereses patrios es la única razón que puede justificar la existencia de esa ley especial. No nos parece esta la mejor ocasión para que el parlamento la suprima.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

ASUNTOS NACIONALES

SIN BRÚJULA

No es solamente achaque de la política española la falta de orientación,—crónica en ella,—que nos ha llevado sin rumbo fijo, desde que perdimos la preponderancia política y militar en el mundo, unas veces a echarnos en brazos de una gran potencia otras en brazos de otra, sin acertar casi nunca, aliándonos con Francia cuando nos convenía aliarnos con Inglaterra, ó aliándonos con Inglaterra cuando convenía hacerlo con Francia. No es solamente en este punto donde se observa la falta de orientación ni en lo que respecta a la política interior, sino en toda la vida española, y lo más grave quizá es que esta falta de brújula se manifiesta también en la esfera económica. Y no solamente en la actuación de los gobiernos, sino en la de los particulares, en la industria y el comercio mismos.

En cuanto estalló la guerra fuimos muchos los que previmos—y artículos podría citar en que de esto se hablaba—que la situación económica de España llegaría a ser angustiosa, que la guerra significaría para nosotros el bloqueo y que en lugar de enriquecernos, como hacen otros, con la desdicha de los demás, nos empobreceríamos. Claro está que nosotros no consideramos muy moral, aunque sí muy de estos tiempos, la ambición de que una nación se enriquezca sobre la ruina de otras y mucho menos que el precio de este enriquecimiento sea precio de sangre. Pero, precisamente, el medio de enriquecer a España y hacerla fuerte industrial y económicamente no era ese, sino el contrario, y el camino que se ha seguido, por falta de una buena orientación y de cohesión entre las fuerzas vivas del país y del gobierno con ellas, ha sido el camino equivocado y aun el camino menos recomendable.

Ciertamente que en España, parte por carecer de industria apropiada, parte por que quizá el gobierno hubiera opuesto a ello reparos, no se ha dado el caso ó si se ha dado ha sido en pequeñísima escala, negociar con alguno de los grupos de combatientes en materiales directamente destinados a la guerra. Más claro: no ha hecho España el negocio inhumano y de hecho antineutral de las armas; pero ha dedicado lo mejor de su producción a la exportación a países en guerra, comercio lícito y honrado, admitido en toda clase

de circunstancias y que no lesiona las leyes de la más perfecta neutralidad, ya que en el caso en que nos hemos encontrado nosotros con Francia é Inglaterra, se han encontrado indudablemente los países del Norte con respecto a Alemania, así como Suiza, Rumania, etc. De la licitud de este comercio, de su humanidad misma y aun de su imparcialidad no hemos de tratar siquiera, pues está fuera de duda.

Pero una cosa es que esté rodeado de todas esas circunstancias morales y que además haya podido ser remunerador, y otra cosa es que haya sido acertado, y de esto nos proponemos hablar ahora, en que todavía hay tiempo para enmendar los errores en que hemos caído.

Toda empresa, y quizá más las industriales que ninguna otra, ha de tener, para ser provechosa, el espíritu de continuidad, y por lo tanto, lo primero que ha de tener presente es el seguro del porvenir. Empresa que se funde para un breve espacio de tiempo, que se base en una circunstancia momentánea, es empresa fracasada. No importa que su primera embestida sea soberbia y la ganancia enorme, si luego, por no haber asegurado la continuidad, ha de llevar vida mediocre y anémica. El negocio de un momento y espasmódico, que procede á saltos, es el negocio propio de la chalanería, del baratero, que duplica en un día su capital y se pasa dos meses sin ganar nada. El negocio bien planeado, bien orientado, es que procede con espíritu de continuidad y avanza cada día un paso más y sobre seguro, por lo menos sobre lo probable. Las empresas fundadas así pueden caer y a veces caen, por falta de algún factor imprevisto, pero alguien recoge la herencia y remediado el primer defecto llegan luego a su fin, y cuando menos la colectividad recoge el fruto que no pudo cosechar el fundador.

Así nosotros consideramos totalmente equivocada la acción de nuestros industriales y comerciantes al dedicar su producción a los mercados actualmente en guerra y su actividad a suplir las faltas que esos mercados habían de experimentar durante la guerra, en primer lugar por fundarse esa producción y ese comercio en una circunstancia pasajera, que aun cuando haya durado más de lo que se sospechaba, durará menos (así sea) de lo que convendría para que esos negocios lograsen completo desenvolvimiento y continuidad. El mejor día vendrá la paz y cesará de repente ese movimiento comercial é industrial y se vendrán al suelo muchos de los intereses creados á su sombra.

No hablemos de la circunstancia, que habrá sido ya más frecuente de lo que se piensa, de que algunos industriales tomarían para sus cálculos los precios de combustible y primeras materias vigentes en los días en que aceptaron los compromisos y aun los de los salarios de entonces. Consumidas las existencias primeras hay que renovarlas y la dificultad en la navegación y el alza enorme de todas las cosas habrán mermado mucho las primeras ganancias.

La buena orientación de nuestra industria era otra y los que recogerán el fruto habrán sido los que la adoptaron desde el principio. En lugar de suplir en los centros, hasta ahora de producción y exportación, las faltas de brazos y de producción, la actividad nuestra debiera haberse aplicado casi exclusivamente á suplir á esos mismos países en los países á donde ellos exportaban, es decir, en los mercados que ellos dominaban y especialmente en Marruecos y en América y en todas partes donde nos es posible conquistar mercados en un pie de igualdad con los demás, ya que es excusado pensar en las colonias donde se favorece al comercio y á la industria de la metrópoli. Porque lo que resultará ahora es que aplicándose nuestra producción á servir mercados ya desde luego perdidos—pues no podemos tener la pretensión de luchar con la industria francesa en Francia ni con la inglesa en Inglaterra—habremos dejado intactos, para cuando se acabe la guerra, á Inglaterra, Francia, Alemania, Austria-Hungría, Italia y Bélgica, los mercados donde hasta ahora han dominado y que volverán á dominar cuando se acabe la guerra; pero que les sería difícil conquistar si nos encontrarán á nosotros mejor instalados y con la ventaja de habernos arraigado y haber apartado muchos obstáculos.

Este era—y es todavía—el camino de nuestro lícito y más seguro desenvolvimiento económico, el camino que se abría á la industria española y por medio del cual la guerra podía constituir, en lugar de nuestra ruina, nuestro fortalecimiento. Este y el de la implantación de nuevas industrias, que no sabemos hasta qué punto se habrán establecido, pero que constituía la más segura orientación. No lo sabemos, y quisieramos equivocarnos, pero lo ocurrido con el sulfato de cobre, en un país productor de cobre, nos hace sospechar que no se habrá hecho gran cosa en este punto. Es infinito el número de productos y manufacturas que hemos visto subir de precio «porque venían de Alemania» ó «venían de Austria» y ahora no vienen. Y no hablemos de esas grandes industrias, que requieren enormes capitales y más enorme mercado todavía, como la de los

tintes, por ejemplo, sino de productos insignificantes, pero muy útiles y de gran consumo, que hallarían segura colocación en el mercado peninsular.

Nosotros creemos que aunque se ha tardado demasiado, todavía hay tiempo de enmendar errores y enderezar el rumbo, pues aun cuando mañana viniera la paz, los países en guerra, grandes productores, tendrán que atender primeramente á sus mercados interiores, cuyas existencias estarán agotadas. Precisamente en esto hay un gran peligro para nosotros: el peligro de que atraigan a lo mejor de nuestra clase obrera, que quizá luego no halle colocación en nuestras fabricas, y el producto de su trabajo se invierta en combatir en otros mercados á la industria de su patria.

No hay que perder el tiempo, porque la guerra no puede continuar años ni tal vez meses. Se huele en el aire el agotamiento en muchas esferas, y especialmente en la económica, de las naciones beligerantes. Los cambios del dinero y los de los valores, los tipos de los empréstitos, el alza de los artículos indispensables para la vida y para la producción son otros tantos síntomas.

Orientemo' el buque, si no queremos que la paz constituya para nuestra economía nacional, más que aurora espléndida, negra cerrazón en un mar erizado de escollos.

ANGEL RUIZ Y PABLO

Notas de Arte

Exposición General de Arte

El *Círculo Artístico* inauguró ayer tarde la por él organizada A Hermenegildo Anglada se le cedió el lugar preferente, donde ha sido colocada su pintura, representativa de una gitana en un jardín, en el cual, entre dahas y rosas, aparece el cielo bañado en luz sideral, ofreciendo el conjunto suntuosa nota decorativa.

Junto á ese cuadro están los que mandó don Ricardo Urgell; de ellos *Le Petit Moulin Rouge* constituye una de las notas más interesantes de la exposición; por la valentía del color, allí donde un rayo de luz da entre la multitud y en la figura de la bailadora sobriamente apuntada con tres tintas: el negro de la mantilla, el bermellón de las flores y el esmeralda del traje. Dentro del reducido espacio del lienzo, queda vista en grande la escena copiada.

Causa agradable sorpresa el adelanto que se advierte en las obras del señor Gil y Roig: *La playa á pleno sol* y *la Pensativa*, cabeza de mujer esta sabiamente pintada, con soluciones de técnica de que no se hubiere creído capaz el autor, atraído hasta aquí en su producción pictórica más por lo agradable que por el logro de resultados como el que obtuvo en la interpretación de aquella mano y en la construcción de aquella cara de la *Pensativa* tan sólida tan castizamente pintadas.

Exponen, además, el señor Tamburini una de esas figuras pintorescamente ataviadas que le dan pié á mantener viva la paleta; don Luis Maeriera un cuadro donde contrastan el viejo limosnero arqueado por los años y la gallarda y peripuesta acompañante, que rebosa de vida; el señor Borrás Abella la figura de un cofrade de Baco que acaricia, con las morenas manos, vidriada jarra, mientras mira socarrón á la gente, pintura esta ejecutada fácilmente, con el propósito encaminado á que la pincelada complazca por la manera como fué dada; don Julio Moisés, un *Seminarista*, y, además, un desnudo de mujer, modelado en claro, de tonalidad fría este lienzo, de más calientes tintas esotro; el señor Mascort, un interior de iglesia anegado en luz; el señor Florensa, un *Hall rústico*, de bien relacionados valores; don Angel Cánovas una nota impresionada con acierto; y el señor Tarruella Matilla, *Suerte de vara* y *Puesta de Sol*, dos notitas vibrantes de luz.

Vienen, luego, los paisajistas, y en primer término don Santiago Rusiñol con uno de esos jardines en que retuvo el silencio que en ellos reina y la poesía que los envuelve. Y siguiente Puig Peruchó con un lienzo en el cual, más que el tema reproducido, llama la atención el sentimiento con que fué interpretado; don Antonio Farré, que en el cuadro *El puerto* alcanza, con medios sencillos, á evocar una sensación de ambiente; el señor Larraga, de quien son unas acuarelas inundadas de luz y color; el señor Cardumets, que nos brinda un aspecto plácido; el señor Escarré, que exhibe una impresión nerviosamente apuntada; el señor Vallhonrat, que envió un estudio de ejecución estricta al natural; y los señores Foix, Llop, Sabaté, Casals y Olivé. Debe figurar con ellos el señor Matilla que expone una marina de vivos tonos.

Entre otras pinturas hay que mencionar unos claveles, del señor Capdevila; y una cabecita de niña, de don Gaspar Escuder.

Un retrato, al carbón, dibujado por el señor Vidal y Cuadras, es de elogiar, tanto por su exacto parecido como por las cualidades de ejecución; y unos aguas fuertes, de don Santiago Ferrer, *Gitana* y *De regreso*, son de aplaudir por lo sentidos que son.

Las esculturas quedan limitadas á una, de carácter decorativo, original de don Angel Tarrach y á unas figurinas de don José Villadomat.

Dibujos, pinturas y aguas fuertes

Esa exposición de dibujos originales de don Jaime Pahissa nos habla de otros días; de aquellos en los cuales el paisaje romántico estaba en boga. A pesar de eso, los contemplamos á gusto, muy á gusto, confirmando en este caso, una vez más, que las tendencias, como pasajeras que son, tienen solo relativa importancia y aun de momento, y que, á la larga, la que lo posee absoluto es la bondad de la obra. Eso de las modas en arte ni aumenta ni disminuye el mérito de una producción; lo que interesa es que en ella se manifieste la personalidad del autor y que éste se halle adueñado

de los medios manifestativos. Todo lo demás son cosas que pasan; y lo que resta, no queda por la tendencia que la inspiró, si no por reunir cualidades fundamentales en todo linaje de labor artística.

Ahí están esos dibujos de paisaje tan opuestos á lo del día. No obstante, frente á ellos ¿quién dejara de reconocer que son producción de un artista? Contemplándolos, advertimos que el autor siente la fuerza expresiva de la Naturaleza; que ante ella oye la vida que la anima y ante ella, además, su fantasía le transfigura los espectáculos que se presentan á sus ojos con una solemnidad que los magnifica hasta alcanzar, á veces, aspecto apoteósico.

Sigue el señor Pahissa siendo lo que fué, manteniendo su personalidad y por esto sus dibujos nos interesan aún; lo que no ocurriría si, por seguir la corriente, se manifestara en contradicción con su temperamento y su época. Cada cual es de la suya, y esto no ha de avergonzarse á nadie. Al revés sucede con aquellos que suponen que calándose gafas con cristales del color de moda, no echará de ver la gente que pasaron los años por ellos; con lo que se acaba por no ver por cuenta propia. Y lo que se toma de prestado, en arte, y no conforma con uno, no favorece pizca.

La manifestación organizada por la sociedad «Las Artes y los Artistas» en las «Galerías Layetanas», donde se celebra, asimismo, la del señor Pahissa, semeja dispuesta únicamente para dar fe de vida; no con el propósito de mostrar un conjunto, en que cada cual concurre con algo que señale un esfuerzo en su labor. Tan es así, que varios de los expositores mandaron obras ya conocidas y algunos otros parece que acudieron solamente para no desairar á los compañeros.

Algo hay, con todo, aparte de los comprendido en esa observación, que merece no se pase por alto; en primer término, los aguas fuertes del señor Colom y algunos de los del señor Nogués, luego un pergamino miniado por don Félix Elías, quien ha compuesto y policromado una orla donde se combinan heterogéneos elementos con acierto digno de encomio.

La *Cabecita de niño*, del señor Canals; unas notas de impresión fugaz, del señor Carles; y unos retratos de ejecución rapidísima, en los cuales se atendió preferentemente la obtención de manchas de color simpáticas, de don Mariano Andreu, es lo que debe señalarse.

En escultura, el *Retrato de niño*, de don José Clará; de planos muy en su lugar y de sobria factura.

«El año artístico»

Siguiendo el ejemplo de Gustavo Geffroy, en Francia, que durante unos años recogió, en sendos tomos, sus críticas, bajo el epígrafe *La Vie artistique*; el de Sander Pierson, crítico de *L'Indépendance Belge*, que en 1906 publicó, con el título *L'année artistique*, los trabajos que escribiera en aquel año; y lo que entre nosotros hizo Ixart durante cosa de un lustro, reuniendo sus artículos de *El año pasado*; así ahora un distinguido é infatigable escritor de cosas de arte, don José Francés, nos brinda, en excelente edición, *El año artístico*, que comprende cuanto manifestó respecto á artistas y obras en el de 1915.

Es una resolución simpática, pues viene ello á suplir, según declara con oportunidad el autor en el prefacio, «la falta de obras de este género, donde puedan hallarse el día de mañana, cuantos datos se consideren interesantes, necesarios ó simplemente curiosos acerca de las figuras y episodios de la vida artística contemporánea.»

Con ese libro en la mano, refrescando la memoria con cosas ya leídas, sólo se echa de menos una para que resultara de mayor provecho su consulta, con proporcionarlo no escaso: la reproducción de las pinturas y esculturas más importantes en que se ocupa el autor.

Por lo demás, yo no he de tributar, con merecerlos, ningún elogio á esa flamante obra del señor Francés. Pudiere antojarse ello juego de comprades á los maliciosos.

M. R. C.

Investigaciones sobre el aire en los túneles

Aun cuando sea universalmente sabido que el aire que en los túneles de ferrocarril se respira es siempre viciado en mayor ó menor grado, tan sólo ahora se hicieron investigaciones científicas exactas sobre el particular.

Dos ingenieros americanos acaban de establecer un método mediante el cual les es posible recoger desde la ventanilla del tren en marcha, alguna cantidad de aire del túnel. Sujeto este aire á varios experimentos, fué posible determinar su contenido de óxido de carbono y de ácido sulfúrico, empleándose el análisis volumétrico directo mediante solución de yodo normal al uno por mil cuando se trataba de determinar el contenido del azufre oxigenado, y el método perfeccionado del pentóxido de yodo al tratarse de determinar el contenido de óxido de carbono.

Los resultados obtenidos por medio de este método de investigación con aire de un túnel donde el tráfico se efectúa por medio de la electricidad, y de otro donde para este fin se emplea la locomotora común, quedó demostrado que en el último casi el aire contenía una cantidad de óxido de carbono y de ácido sulfúrico cinco veces mayor que en el caso primero, ó sea en un millón de partes se halla un contenido máximo de 15 partes de ácido sulfuroso y 267 partes de óxido de carbono, contra 2, 9 y 25 partes, respectivamente.

Aun cuando estos valores no bastan para que se establezca la concentración fisiológicamente nociva de cada uno de estos gases, podría ser que su presencia simultánea aumentase notablemente su valor pernicioso, cuestión que queda para aclarar mediante experimentos ulteriores.